

LA CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS

4. POPULISMO



LA CRISIS DE LAS IDEOLOGIAS

Sion Gelabert
Fundació Gadeso

Una vez superada la etapa del materialismo, la cual definía, a grandes rasgos, la dicotomía clásica entre la izquierda (proletariado) y la derecha (burguesía), nos adentramos en el terreno del postmaterialismo. Definido, éste, como el cambio cultural identificado por el politólogo y sociólogo norteamericano Ronald Inglehart y que es el resultado del aumento de la seguridad económica y el crecimiento económico. Es decir, todas aquellas ideologías cuyo trasfondo va más allá de la mera lucha por la subsistencia y los derechos de las clases trabajadoras.

La mejora de la seguridad económica, a través de la cual las clases trabajadoras ven aumentada su calidad de vida y asegurada su subsistencia, desemboca en la aparición de nuevas ideologías que superan la lucha de clases, la cual, históricamente había definido la confrontación clásica entre los partidos de masas¹ (comunistas y socialdemocracia) y los partidos de cuadros (liberales y conservadores).

Los partidos de izquierda, tras la Segunda Guerra Mundial, renunciaban a la idea revolucionaria marxista para abrazar la democracia y dando lugar a la aparición de la socialdemocracia, sin que ello supusiera la renuncia a sus reivindicaciones históricas, adaptándolas, eso sí, a los nuevos tiempos y a una clase obrera agotada por la guerra y poco dada a protagonizar nuevos episodios de corte revolucionario. Se trataba de alcanzar el poder a través de las urnas y una vez asumido éste, iniciar toda una serie de reformas, más o menos profundas en las relaciones económicas en el seno de la sociedad y de ésta con el propio Estado. Nacía así el llamado Estado del Bienestar. Los gobiernos no se limitaban a mantener la seguridad, la integridad del territorio y la defensa de la propiedad privada y de los medios de producción si no que focalizaba su atención en la mejora de las condiciones de vida de las clases populares, promover la justicia social y erradicar la desigualdad, generando, a su vez, todos los mecanismos para ello. Educación universal, acceso gratuito a la sanidad, derechos laborales, salario mínimo, protección social frente al desempleo, etc., todo ello en el marco de una economía capitalista.

La proliferación de este tipo de partidos especialmente en el centro y el norte de Europa y sus éxitos electorales, permitieron a las clases populares de estos países dejar atrás sus penurias económicas, lo que contribuyó, inevitablemente, a la consolidación de las denominadas clases medias y a la aparición de toda una serie de nuevas demandas sociales que desembocaron en la aparición de las ideologías

¹ Históricamente los partidos de izquierda han sido considerados de masas, no tan sólo por ser partidos que presentan un elevado grado de afiliación, algunas veces casi forzosa, si no que su razón de ser es la defensa de la masa proletaria, mucho mayor en número que su antagonista, la burguesía,

postmaterialistas. El pacifismo, el ecologismo, el feminismo, el animalismo, entre otros, empezaron a entrar con fuerza en la escena política, incluso creando partidos políticos como es el caso de los verdes. Por su parte los partidos clásicos, despojados en gran medida de su razón de ser, especialmente los de la izquierda, y en aras de asegurar su supervivencia, comenzaron a incluir, en algunos casos a regañadientes, estos nuevos paradigmas en sus programas electorales y en sus agendas de gobierno a la vez que se reducía drásticamente su número de afiliados.

Las ideologías postmaterialistas no se circunscriben a una determinada clase social, son ideologías de corte transversal, si bien éstas pueden calar en mayor o menor medida en un determinado segmento social más que en los demás. Así los partidos y las ideologías clásicas se han visto obligados a reinventarse y a reinventar sus discursos para adaptarlos a estas nuevas realidades.

Hoy en día no resulta extraño que partidos antaño antagonistas defiendan, ahora, postulados muy semejantes en determinados temas. Se trata de hacer llegar el mensaje al electorado, sea del segmento social que sea, pero muy especialmente a las clases medias, las cuales constituyen el verdadero motor del cambio de valores iniciado a mediados del siglo pasado. Se puede afirmar que el discurso mismo de los partidos se ha transversalizado, convirtiendo a éstos en “*metapartidos*” o como fueron definidos en su día por el politólogo alemán Otto Kirchheimer, “*partidos atrapados*”², caracterizándose por los siguientes aspectos:

1. Una drástica reducción del bagaje ideológico;
2. Un menor énfasis en una determinada clase social para reclutar electores entre toda la población;
3. Asegurar el acceso a diversos grupos de interés.

Del mismo modo, la principal característica de estos partidos, según Kirchheimer, es la de concentrar sus energías en la competición electoral a través de la elección de temas con los que buscan un amplio consenso con la población general (como puede ser el ecologismo un tema utilizado desde diversas perspectivas por las principales fuerzas políticas que aspiran al gobierno).

Con todo ello, las ideologías clásicas, sobretudo las de la izquierda, han entrado en crisis, debido a la superación de sus postulados y a la transformación de la sociedad, desde la dicotomía clásica proletariado-burguesía a otra sociedad más plural y más segmentada socialmente que dista mucho de los valores clásicos (lucha de clases) y que ha orientado su punto de mira a otro tipo de cuestiones que afectan a la sociedad en su conjunto más que a un determinado segmento o clase social.

² En inglés catch-all party o big tent.

Con este número de Dossiers Gadeso, el 865, continuamos con la serie de monográficos con los que pretendemos arrojar luz sobre el cambio ideológico que se está produciendo en las sociedades democráticas.

En este número, concretamente, centraremos nuestra atención en el Populismo, una “ideología” que, junto a la extrema derecha (Dossier Gadeso Nº 864) se ha colado con fuerza en la agenda política, no sólo en España (U. Podemos, Más País, Confluencias, Mareas...) sino incluso en el resto del planeta (¿acaso la línea política de Donald Trump no es claramente populista?).

4. POPULISMO

ÍNDICE

DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE POPULISMO	5
EL POPULISMO, EVOLUCIÓN PATOLÓGICA DE LA DEMOCRACIA	9
EL POPULISMO: DE INTRUSO A PROBLEMA RELEVANTE PARA LA CIENCIA SOCIAL	29

DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE POPULISMO

Alejandro Sánchez Berrocal

Francisco J. Martínez Martínez

El populismo actual no se entiende sin una referencia a las transformaciones sociales y políticas de nuestro presente: la crisis de la democracia representativa y la irrupción de los social media, entre otras.

El populismo está de moda. Su presencia constante en los debates mediáticos, desde los platós de televisión a las redes sociales, demuestra que el concepto ha devenido marco teórico fundamental para comprender las experiencias sociales de nuestro tiempo. No obstante, existe una cierta insatisfacción por el uso de *populismo* como un cajón de sastre. La noción sería una etiqueta, estropeada por hacer referencia a fenómenos muy diversos, cuyo uso ideológico busca desprestigiar o ensalzar *a priori* una determinada opción política.

Populismos históricos

Un indicador valioso para abordar la cuestión puede ser la historia. *Populismo* es una idea que nos lleva a finales del siglo XIX. Hace referencia a movimientos sociales en dos contextos muy diferentes: Rusia y Estados Unidos.

Los populistas rusos (*narodniki*) idealizaron las tradiciones de las clases populares (fundamentalmente campesinas) y se enfrentaron a la modernización *occidental*, percibida como un peligro extranjero que disolvería los lazos sociales. En Estados Unidos, el People's Party agrupó a granjeros y pequeños empresarios que vieron cómo su sencillo estilo de vida era muy diferente al de una clase política «privilegiada» y «corrupta».

Ambos fenómenos, aunque sucedieron en países diferentes, tienen algunas características comunes. Por ejemplo, la ambición de *acercarse al pueblo*. También, una intensa moralización de la política y la defensa de un discurso anti-*establishment*. Sobre todo, nos evidencian las tensiones propias de sociedades en procesos de modernización, que pasan de organizaciones tradicionales al incipiente capitalismo de masas.

Un siglo más tarde el populismo recorre algunas regiones de América del Sur. Políticos como Getúlio Vargas (1882-1954) en Brasil y Juan Domingo Perón (1895-1974) en Argentina protagonizan un segundo momento populista.

La demagogia y el carisma alimentaron hiper-liderazgos caudillistas de políticos que se percibieron como *guardianes de la justicia social*. En un escenario global polarizado, estos regímenes no se consideraban «ni capitalistas ni comunistas». Así, el populismo sirvió de «tercera vía» capaz de estructurar una rígida comunidad política.

Tras el derrumbe de la Unión Soviética los países hispanoamericanos optan por dos caminos diferentes. En Perú o Argentina, el populismo se renueva de la mano de líderes políticos – Alberto Fujimori (1938) y Carlos Menem (1930), respectivamente- que desconfiaron del socialismo y optaron por las políticas neoliberales del llamado Consenso de Washington.

Resultan opuestos los casos de Bolivia, Ecuador o Venezuela, donde se propuso la transformación del orden social hasta entonces vigente a través de asambleas que crearon nuevas constituciones. Se reforzaron los mecanismos de intervención en las instituciones y la democracia dejó de concebirse como mera representación y pasó a encarnar la misma «voluntad del pueblo», una idea siempre peligrosa en política pero muy querida por los populistas.

El populismo, hoy

El *populismo* de nuestros días no se entiende sin una referencia a las transformaciones sociales y políticas que han caracterizado nuestro presente: la crisis de la democracia representativa y las instituciones de mediación política, la irrupción de los *social media*, las alteraciones en la composición de clase de la comunidad política y el vaciamiento de la soberanía de algunos estados-nación. Con semejante trasfondo, una cuestión central que no podemos perder de vista: el discurso del «fin de la historia» o «fin de las ideologías» ha llegado a su fin.

Durante las últimas décadas, a través del proceso de globalización, hemos asistido a la progresiva asimilación entre los dos polos del eje izquierda-derecha, hasta el punto de que ambos bloques ideológicos han perdido su contenido político y social para asumir el

encargo de una gestión supuestamente neutra (*gobernanza*), tomando como guía los mandatos de modernización y eficacia.

Tanto la izquierda habría abandonado sus reivindicaciones sociales y económicas más radicales como la derecha se habría adaptado al paradigma socialdemócrata. Las diferencias, entonces, quedarían referidas a cuestiones que podríamos denominar *pre-políticas* o que solo son políticas bajo determinadas condiciones: la defensa de ciertos colectivos, el aborto, la eutanasia, etc. En nuestros días, sin embargo, se habría renovado la polarización política, solo que en otros términos, cuyo enfoque y alcance merece un estudio profundo: *el pueblo contra las élites*.

Esta reaparición de la idea de un *pueblo* virtuoso frente a una *élite* corrupta protagoniza los movimientos sociales que surgen en respuesta a las consecuencias más fatales de la última crisis económica: precarización laboral, desaparición de expectativas de progreso personal y social, privatización de servicios públicos, primacía del pago de la deuda sobre otras funciones del Estado, etc. Es en este punto donde *populismo* empieza a decirnos algo, sin dudas todavía oscuro y confuso, sobre la forma que adopta la lucha de clases en el siglo XXI.

Los indignados

Occupy Wall Street en Estados Unidos o el movimiento de los *Indignados* en España son ejemplos de ello. En estas protestas, una clase media con estudios superiores y otros estratos sociales fuertemente precarizados se movilizaron al ver rotas sus expectativas de reproducción social y, en definitiva, el derrumbe de aquello que se ha venido llamando Estado del bienestar.

El hecho de que la cuestión se planteara como una oposición entre el 99% de la población y el 1% da buena cuenta de cómo la crisis afectó profundamente, aunque de manera desigual, a todas las clases sociales subalternas. En este sentido, tal y como la famosa -y discutible- teoría populista de Ernesto Laclau (1935-2014) y Chantal Mouffe (1943) nos recuerda, lo político surge allí donde es posible articular un *nosotros* frente a un *ellos*.

Actualmente, la indefinición y liquidez que caracterizan el concepto de *populismo* abre un peligro: el rechazo de cualquier alternativa política no asimilable a los principios políticos neoliberales por el mero hecho de ser calificada como *populista*, creyendo haber conjurado así al fantasma. La importancia de un análisis íntegro,

racional y prudente del populismo consiste, precisamente, en que nos ofrece el punto de partida para la crítica social del presente.

Alejandro Sánchez Berrocal es investigador predoctoral (FPU) de Filosofía en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS – CSIC)

Francisco J. Martínez Martínez es catedrático de Filosofía en la UNED – Universidad Nacional de Educación a Distancia. Este artículo fue publicado originalmente en The Conversation. Lea el original en este enlace.

EL POPULISMO, EVOLUCIÓN PATOLÓGICA DE LA DEMOCRACIA

Félix Ovejero Lucas. Revista de libros

Al ocuparse de asuntos como el populismo se imponen, antes de entrar en materia, un par de advertencias, de invitaciones a la cautela¹. La primera, de orden general, se refiere a la eterna tentación de desayunarnos cada mañana con un nuevo fenómeno histórico, ante una nueva tendencia política. Sucede en esto como con los partidos del siglo, que hay uno cada semana. Se vio con Syriza, recibida como la revitalización de la izquierda y, hace menos tiempo, con Emmanuel Macron, acogido como señal de un nuevo amanecer ideológico, como la vanguardia de un movimiento de renovación ideológica, olvidando que ganó las elecciones por una singular conjunción de circunstancias: el sistema electoral, el temor a Marine Le Pen, una izquierda destartada y rivales impresentables. Vamos, por chiripa, por carambola. Como le sucedió, por cierto, a Donald Trump. No digo que no podamos detectar alguna regularidad aquí y allá, pero conviene prevenirse frente a nuestra necesidad intelectual, seguramente asentada en nuestro cableado mental, de encontrar sentido, de atribuir orden y guion donde no hay más que concatenación de circunstancias. No descartemos que con el populismo suceda algo parecido o, dicho de otro modo, que en dos días se extinga la «tendencia histórica.

La segunda advertencia responde a la tan extendida contraposición entre dos populismos: de izquierda y de derecha. Esa contraposición presume que la distinción, entre populismos de derecha y de izquierda, es posible. Un supuesto que, cuando menos, no está fuera de disputa. No voy a entrar en ello ahora, pero no resisto la tentación de exponer al lector a un experimento. Lean el siguiente programa de un partido político, a ver si adivinan a quien pertenece:

Luchamos por la independencia nacional, la soberanía del pueblo y la limpieza política. Para castigar a todos aquellos que invierten en el hundimiento de nuestra Patria y se benefician de ello. Para mandar a los políticos y funcionarios ladrones a la cárcel y al mismo tiempo para confiscar las propiedades de todos los que abusaron de los fondos públicos.

El pueblo debe decidir los asuntos nacionales y sociales más importantes. Las personas deben ser verdaderamente soberanas, y no ser llamadas cada cuatro años a responder ante dilemas falsos. Para alcanzar estos objetivos, debemos obtener la mayoría absoluta en el Parlamento, y así hacer posible la Revisión Constitucional.

Catarsis política: abolición de la inmunidad parlamentaria y de la ley sobre la responsabilidad del Ministro. La vida política pública será limpiada de corruptos y traidores. Los sospechosos serán juzgados en un tribunal especial, los culpables serán encarcelados y sus propiedades confiscadas.

Soberanía del Pueblo: se llevarán al cabo referendos para cada tema nacional importante [...]. El pueblo nunca ha tenido voz ni voto en las decisiones políticas importantes, pues el Régimen tiene pavor a los referendos.

Esto, que podría firmarlo Podemos, es el programa de Amanecer Dorado, la extrema derecha en Grecia.

Naturalmente, no hay que tomarse demasiado en serio el experimento. Se trata de una pequeña broma que no permite alegres inferencias ni generalizaciones precipitadas. Pero sí invita a dudar de la existencia de una contraposición esencial entre los dos populismos, de que las calificaciones de izquierda y derecha mitiguen al sustantivo «populismo». Algo que, después de todo, no puede sorprender a nadie. Se ha repetido hasta la fatiga que el populismo no es un programa, sino un formato, una estrategia, un estilo, un marketing. El significante vacío y flotante, ya saben². El hipermoralismo que rezuma el pasaje citado, y que nada dice acerca de contenido en ideas del proyecto, es una muestra. Y no el único: la apelación a las emociones; la exclusión del rival político –descalificado por «antipatriota»– de la condición de ciudadano; el voluntarismo, la proclama de que si no se cambian las cosas es porque no se quiere, porque hay traidores; la apelación al pueblo como una unidad compacta, sin fisuras; la identificación de un enemigo genérico o de perfiles imprecisos (la casta, la elite, los extranjeros); la conexión directa sin mediación institucional entre el sentir del pueblo y el líder, que patrimonializa la interpretación de la voluntad popular. Como se ve, no estamos ante genuinas tesis políticas ni ante disputas normativas, no se habla de valores (igualdad, libertad, etc.), sino, si acaso, de trato con los valores. Con honestidad, coherencia y autenticidad puede llevarse tanto una comuna jipi como un convento. Con esos mensajes, en realidad, lo que se demanda es un contrato en blanco, incondicional, para hacer lo que se quiera. Los programas políticos pierden todo compromiso. Se quedan sin contenido. Es en ese sentido en el que, a mi parecer, cuando

se trata de populismo, el clásico eje izquierda/derecha se emborrona bastante.

En todo caso, las dos advertencias –que, como digo, no hay que tomárselas muy en serio– sí que creo que me sirven de disculpa o de justificación para un desplazamiento en el foco de mi reflexión. Voy a ocuparme del populismo, pero sólo en el marco de otro asunto más importante, sobre el que creo que sí cabe establecer alguna conjetura más firme: la crisis de los proyectos de izquierdas y su rebrote en forma de populismo sobre el horizonte de los problemas de la democracia. En apariencia es un asunto más complicado, de más ambición. Es posible, pero también creo que arriesgo poco, que puede decirse algo menos impresionista que sobre el populismo, un asunto en el que es difícil escapar al género periodístico. Sencillamente, nos falta perspectiva. Poco más o menos aquello que dicen que contestó Zhou Enlai a Henry Kissinger cuando este preguntó al dirigente chino su opinión sobre el impacto que la Revolución Francesa: «Todavía es demasiado pronto». Bueno, en realidad, la anécdota no es del todo así, pero esa es otra historia.

Dedicaré una particular atención a la quiebra de lo que parecía el proyecto definitivo de la izquierda, el bienestarista, asentado sobre el par democracia y mercado. A mi parecer, fenómenos como el populismo, como los populismos, no se entienden si abordar la crisis de ese modelo. Comenzaré por un rápido repaso a la historia de los proyectos de la izquierda, que nos dejará en puertas del marco político que ahora parece dar síntomas de crisis, de su incapacidad para dar respuestas a los retos colectivos más importantes. Ese modelo y, en general, nuestros sistemas democráticos, se «diseñaron» –y más abajo explicaré el sentido de las comillas– para funcionar con un tipo de ciudadanos que, en determinadas circunstancias, constituyen el mejor fermento para el populismo.

Cuatro modelos. Una historia conceptual³

Los proyectos políticos transformadores pueden entenderse como una extensión de la racionalidad práctica, individual: tenemos un objetivo y nos preguntamos si es realizable, posible, y cómo podemos acceder a él. Esto es, las preguntas serían: a) cuál es la meta, la buena sociedad; b) si es realizable, estable; c) cómo podemos llegar a ella. Sin duda, alguien podría discutir si ese guion –válido, en general, para la vida de cada cual– sirve también en los asuntos colectivos, en los que abundan los efectos imprevistos y resulta difícil, cuando no imposible, anticipar los cursos de la historia. Nos lo enseñó Karl Popper en sus críticas a lo que él llamaba historicismo y en sus reflexiones sobre los límites de la ingeniería social⁴, aunque, si se trata de resumirlo, prefiero la eficaz síntesis de Mike

Tyson: «Todo el mundo tiene un plan hasta que le parten la cara». En todo caso, con justificación o sin ella, ese ha sido el esquema general de las intervenciones políticas y de él me serviré en mi acelerado repaso de cómo han sido las cosas⁵. Aviso que es una reconstrucción conceptual, tosca en el detalle, por no decir falsa, pero suficiente para dibujar los rasgos de los diversos proyectos de izquierdas: los que existieron y que, de algún modo, todavía conviven (aunque yo aquí los presente en sucesión temporal). En lo esencial, pueden reconocerse cuatro guiones: el utópico/familiar; el mecánico/marxista; el antropológico/comunista; y el bienestarista/socialdemócrata.

1. El modelo utópico/familiar. Se trata del socialismo que, retrospectivamente, se dio en calificar como utópico, el premarxista. Se caracterizaba por una afirmación de fines, de valores, por la despreocupación de cómo acceder a la buena sociedad y por la estabilidad de ésta (por la manera de institucionalizarlos). Era una especie de extensión de la mejor idea de la familia, en la que los mecanismos de distribución se rigen por algo parecido a una fraternidad generalizada (no se reparte según el esfuerzo o el mérito, sino por la necesidad) y no aparecen los problemas de coordinación informativa a los que se enfrenta una sociedad medianamente compleja: qué producir, para quién, en qué cantidad. El modelo, si queremos retenerlo con una imagen, sería el de un campamento de boy scouts, sin perversiones, o una comuna jipi, con ellas. Una buena familia no disputa por el reparto de un pastel porque todos piensan en todos, porque asumen como propios los intereses ajenos. La política, si acaso, consistiría en agitar las conciencias: la educación propiciaría buenos sentimientos.

2. El mecánico/marxista. Estoy pensando en lo que pretenciosamente se llamó socialismo «científico», optimista y racionalista. Podría decirse que traducía la vieja teleología natural al lenguaje de la teoría social: un ramillete de procesos parecía resolver a la vez el cómo llegar, el destino y la estabilidad de la buena sociedad. La sociedad capitalista desataba una serie de mecanismos endógenos responsables de su crisis y de su sustitución por una sociedad de la abundancia en la que se diluirían las contradicciones sociales. Vale la pena recordar algunos de esos mecanismos. El primero, de naturaleza económica, es la llamada «ley de caída tendencial de la tasa de beneficio». La competencia induciría a los capitalistas a sustituir trabajo por maquinaria, con el resultado imprevisto (no deseado) de que socavarían su fuente de beneficio. El segundo describiría la naturaleza (supuestamente) limitada de la expansión capitalista: mientras, por una parte, el capitalismo desata necesidades de consumo, se muestra, por otra, incapaz de satisfacerlas, tanto por su propia condición explotadora, derivada del sistema privado de

apropiación, como por las limitaciones que impone al potencial productivo (al frenar el crecimiento de las capacidades productivas, incluido el desarrollo de los talentos humanos). Un tercer mecanismo se refiere a la acción colectiva: el desarrollo del capitalismo, al expandir la gran empresa, propicia las condiciones (el trato continuo entre los trabajadores en la gran fábrica, por resumir) para la revolución por parte de una clase obrera que reúne la condición de socialmente mayoritaria, indispensable, en tanto fuente de la riqueza colectiva, explotada, y beneficiaria de la revolución; esto es, el propio capitalismo, en su crecimiento, propiciaba la aparición tanto de las circunstancias como de los protagonistas de su final. La argumentación se completaba con una tesis general sobre el curso de la historia en la que se imponía el crecimiento de las fuerzas productivas que haría estallar un sistema de propiedad privada que embridaba el crecimiento. Una tesis muy importante porque suponía que la buena sociedad era una sociedad de la abundancia. Y, en abundancia, las contradicciones sociales se disuelven, no hay que preocuparse de cómo organizar las cosas, de cómo distribuir recursos escasos. Tampoco importa si los individuos son egoístas o altruistas: cada cual tendrá lo que quiera. Si disponemos de un pastel de tamaño infinito, no hay que darle vueltas a cómo distribuirlo: cada uno cogerá lo que quiera. La política, en el fondo, sólo reclamaba dejar operar al curso de la historia. Si se quiere, la no política.

3. Antropológico/comunista, el que asociamos a la revolución rusa. En lo esencial, asume que la realización de la buena sociedad, extinguido el capitalismo, es simplemente cuestión de voluntad. Una vez eliminada la propiedad privada, la llegada de la buena sociedad sería inmediata: la sustitución del mercado se traduciría en una sociedad transparente en sus transacciones como lo es la familia, sin las distorsiones fetichistas propias del intercambio mercantil; la desaparición de las clases supondría el fin de los conflictos y diferencias sociales; el final de la competencia y la explotación permitiría emerger a lo mejor de la naturaleza humana, hasta ahora maleada por la sociedad capitalista y dispuesta desde ahora a cooperar incondicionalmente. Una variante de la comunión de los ángeles. En realidad, en su inspiración inicial, el ideario era casi anarquista. Si todos nos preocupamos por el bienestar de los demás, no se necesitará establecer reglas (instituciones) para repartir un pastel que, además, será enorme, porque habremos contribuido voluntariamente a prepararlo. Desgraciadamente, las cosas no fueron así. El socialismo se enfrenta a verdaderos retos de incentivos, de asegurar que los individuos cooperen cuando tienen asegurada su parte en el producto social, y, sobre todo, de coordinación. Incluso con la mejor naturaleza humana hay que organizarse: el resultado es igualmente catastrófico tanto si decenas de brokers salen corriendo de una discoteca

incendiada al grito de «¡Sálvese quien pueda!» como si se trata de un grupo de monjes que, mientras se hunde su monasterio, se ceden todos el paso, se dicen mutuamente: «Usted primero». Y lo peor acabaría por llegar: cuando se asume que el origen de los problemas es del sistema o del capitalismo y ya no hay sistema o capitalismo, los primeros sospechosos son los ciudadanos, descritos como saboteadores o traidores. En el mejor de los casos, candidatos a reeducación. Y ya sabemos cómo acabaron esas cosas.

4. Bienestarismo/socialdemócrata. El último modelo me interesa especialmente, porque, de un modo u otro, hemos acabado instalados en él, en alguna de sus variantes, al menos en Europa. A él venía a referirse el Fukuyama del «fin de la historia» y, a mi parecer, sus problemas de estabilidad son los que están en el origen de los brotes populistas. Arranca de dos escepticismos. El primero, antropológico: hay que abandonar el supuesto de que, sin buenos ciudadanos, no hay buena sociedad, de que, por recordar una fórmula acuñada, «no hay socialismo sin hombres nuevos socialistas». El segundo, institucional, que, en cierto modo, es una implicación del primero: no cabe aspirar a una alternativa global al capitalismo. Debemos aceptar que, en general, los ciudadanos no son virtuosos y, si acaso, diseñar las instituciones para que, mediante un adecuado sistema de incentivos, sus comportamientos se encaucen en la buena dirección. Una Constitución también para un pueblo de demonios, que diría Kant: incluso con egoísmo pueden conseguirse buenos resultados siempre que se diseñe bien la institución. Las dudas acerca de la posibilidad del «hombre nuevo» está en el origen de una doble apuesta/resignación institucional: la combinación de mercado y de democracia de representantes. La idea general es que la buena sociedad, incluida la que tiene aspiraciones igualitarias, no podrá prescindir del mercado como mecanismo de coordinación de los procesos económicos, aunque, eso sí, habrá que corregirlo en sus patologías más agudas, entre ellas las distributivas y las que afectan al bienestar. Y ahí aparece la democracia, entendida como un sistema de competencia entre partidos políticos: recogería las preferencias/votos de los ciudadanos y las atendería a través de propuestas políticas. No cabe dudar de la coherencia del modelo: precisamente porque los ciudadanos no son particularmente virtuosos, el mercado es el mecanismo económico y la democracia de representantes, en la que los votantes delegan la gestión a unos políticos profesionales que compiten por su voto, el mecanismo político. El pastel puede distribuirse en trozos iguales, incluso con egoístas, si se cuenta con las instituciones adecuadas. Basta con dar con el procedimiento pertinente. Por ejemplo, que quien corta los trozos se queda con el último pedazo.

La crisis del modelo bienestarista

El Estado del bienestar será la traducción en clave socialdemócrata de ese guion. La intervención pública era el modo de responder a los fallos del mercado: su incapacidad para suministrar ciertos bienes (públicos); sus ineficiencias en muchas circunstancias (fundamentalmente, externalidades); sus asimetrías informativas que lo conducían al colapso. Se trataba de asegurar una eficiente asignación de recursos, esto es, desplazar al límite la frontera de posibilidades productivas y estar así en condiciones de maximizar el bienestar agregado. Las intervenciones redistributivas se justifican en ese mismo lote, por la eficiencia. Keynes había recordado que en el capitalismo no hay garantías de que el ahorro se traduzca en inversión o consumo. Por ello, para asegurar que la demanda cumpla su función activadora de la economía, hay que actuar, directamente, a través del gasto público, o, indirectamente, redistribuyendo en favor de los pobres, con una mayor propensión al consumo: ante un aumento igual de la renta, destinan una mayor parte a la demanda de bienes. La intervención se justificaría por la maximización del bienestar agregado. La equidad, desde esa perspectiva, era instrumental. La clase media era la beneficiaria circunstancial de una igualdad que beneficiaba a todos y, por ese camino, una garantía de mayorías electorales estables.

Por su parte, el mecanismo democrático se encargaría de identificar las demandas a satisfacer. Los ciudadanos, a través de sus votos, expresarían sus preferencias y los empresarios/políticos competirían por dar respuesta a sus peticiones. Los ciudadanos, ignorantes y egoístas, a través de las votaciones, se mostrarían capaces de seleccionar a los santos y sabios, al igual que los consumidores incapaces de freír un huevo identifican al mejor cocinero y penalizan al torpe con sus elecciones entre restaurantes. La democracia como un sistema de selección de los mejores, de los más lúcidos para identificar los problemas de la vida colectiva y los justos a la hora de buscarles solución. La competencia política, de ese modo, permitiría filtrar «las opiniones del pueblo pasándolas a través de un órgano electo de ciudadanos, cuya sabiduría mejor pueda discernir los verdaderos intereses de la nación y cuyo patriotismo y amor a la justicia tenga menos probabilidades de ser sacrificado por consideraciones parciales o circunstanciales» (James Madison, Federalist No. 10) A veces, la argumentación se completa con una conjetura empírica que establece un vínculo causal entre la democracia y alguna versión del utilitarismo, bajo la idea general de que la democracia permitiría satisfacer los deseos del

mayor número de individuos. Escuchar los deseos de la mayoría supondría, por definición, maximizar el bienestar agregado.

La realidad era muy otra. El modelo económico, por lo pronto, sólo funcionaba en ciertas condiciones. Entre ellas, una muy especial: que se tratase de una economía cerrada, «nacional». Un supuesto, sencillamente, irreal. Pero, además, había problemas de estabilidad asociados a la naturaleza de las intervenciones públicas, que no tenían que ver con la eficiencia o la distribución justa, con demandas avaladas por buenas razones, sino con la capacidad de negociación de los distintos grupos con poder para tironear del presupuesto; esto es, con fuerza negociadora, recursos para cubrir los costes de coordinación, capacidad organizativa y objetivos claros. Cada uno procura por lo propio y desatiende lo de todos. Una huida hacia adelante a la que los políticos, si querían llegar al poder, sólo podían responder aplazando los problemas, legándolos a las generaciones futuras. El «pan para hoy y hambre para mañana». La ausencia de responsabilidad por las preferencias, en un marco de laxitud presupuestaria, alienta el reclamo de ventajas distributivas (subvenciones a ciertas industrias, inversiones en algunas regiones, etc.) por parte de ciudadanos organizados o de segmentos políticos minoritarios con capacidad de influencia (grupos con votos decisivos concentrados territorialmente o con un único objetivo). Unas demandas a las que los políticos accederán mientras puedan diluir los costes en la comunidad sin encontrar resistencia. Una circunstancia que alienta la reproducción del mecanismo en una inacabable competencia de exigencias y presiones. Incluso más: el hecho mismo de que las demandas que se consideren no sean las más justas, sino las que tienen mayor capacidad de hacerse presentes, desinhibe a los ciudadanos a la hora de hacer reclamaciones, sabedores de que nadie tiene que justificar sus preferencias ni sentirse responsable de ellas. La estrategia está clara: hay que anticiparse a otros cuyas razones no son mejores.

En ese sentido, el sistema democrático, en lugar de introducir racionalidad y justicia, empeora las cosas. Por circunstancias que no es cosa de desarrollar ahora, pero que tienen que ver con sus asimetrías informativas entre políticos y ciudadanos, los mercados políticos están lejos de parecerse a los mercados económicos. Los ciudadanos sin virtud, desinformados y egoístas, a través de las elecciones, no identifican a los santos y sabios, sino que, al revés, premian a los peores. Un caso del manual de selección adversa, de los mercados ineficientes de la economía. El resultado no sólo es que no se reconocen los méritos de los buenos políticos, sino que la dinámica de la competencia induce a todos a escamotear los problemas. El mecanismo es particularmente perverso. Para llegar al poder hay que prometer todo a todos; aún mejor,

evitar los mensajes desagradables y desdibujar las propuestas que puedan incordiar a potenciales votantes, porque, como bien sabemos, perder nos disgusta más que nos alegra ganar⁶. A mayor ambigüedad, más clientes. Las propuestas mejor a bulto, puesto que precisadas siempre resultan antipáticas para alguien, con voto o con poder. Si acaso, moralizar en el vacío. Y si hay que hacer listas de culpables, es de mucha utilidad poner el foco en aquellos que no tienen posibilidad de hacer oír su voz, sin voto: los emigrantes, por ejemplo. Por cierto, que quizá cabría entender como una variante de esos programas para todos, que al fin son para nadie, las propuestas multiculturalistas, que incorporan reclamaciones identitarias incompatibles entre sí o directamente reaccionarias. Lo que importa son los nichos de votos, ampliar la lista de los reyes magos. La consistencia es lo de menos.

Una máquina imparable que imponía prometer soluciones mágicas. Jean-Claude Juncker, ex primer ministro de Luxemburgo y más tarde presidente de la Comisión Europea, lo expresó en negativo: «Sabemos exactamente lo que debemos hacer; lo que no sabemos es cómo salir reelegidos si lo hacemos». Para llegar al gobierno hay que ponerse de perfil ante burbujas que nadie se atreve a abordar, déficits y deudas sostenidos a lo largo del tiempo, conflictos enquistados (industrias obsoletas, oligarquías bancarias) que «garantizan la estabilidad» a cambio de aplazar y cebar los problemas: pensiones debilitadas por cambios demográficos, recursos naturales que no dan más de sí, problemas ambientales que algún día habrá que encarar, amenazas terroristas en cocción, potenciales epidemias que por el momento no alcanzan a nuestro mundo. Nadie gana las elecciones anticipando malas noticias. Y, además, ya sabemos, por la psicología y por los matrimonios encanallados, que las pérdidas concretas, de lo que ya tenemos, disgustan más que entusiasman –al menos, hasta el punto de conducir a tomar decisiones– los beneficios potenciales, por muy grandes que puedan ser. Los votantes ignoramos lo que no queremos escuchar.

Para llegar al gobierno hay que ponerse de perfil ante burbujas que nadie se atreve a abordar, déficits y deudas sostenidos a lo largo del tiempo

Un modelo de esas características difícilmente puede considerarse estable. En rigor, ni siquiera es un modelo, al menos en el sentido habitual en el que, por ejemplo, hablamos de un «modelo de conducta», de un ideal a perseguir o procurar. En realidad, en la presentación común como «modelo» hay no poco del hábito de la ingeniería retrospectiva, de pensar que es resultado de una planificación lo que no es más que la secuencia final de decantaciones históricas. Y es que el Estado del bienestar no es un modelo que se dibuja en una pizarra y luego se

ejecuta, como el del ingeniero que levanta el puente que antes planificó. Si acaso, retrospectivamente, podemos construir un modelo teórico, para entender lo que pasó, como se construye un modelo de la crisis de 1929 o del hundimiento de un ecosistema. Pero los modelos del historiador no son los del ingeniero. Aunque podemos tener mapas tanto de Dubái como de Nueva Delhi, la gestación de las dos ciudades es bien diferente: en un caso, el mapa precede a la ciudad; en el otro, al revés, la realidad precede al mapa. Nuestras instituciones poco tienen que ver, por ejemplo, con el modelo de trasplantes de órganos diseñado por el premio Nobel de Economía, Alvin Roth. Y lo que digo para el Estado de bienestar vale también para nuestros sistemas democráticos. Su configuración, casi siempre, es el resultado de circunstancias históricas, no de diseños optimizadores.

El fermento del populismo

Sobre ese paisaje de fondo hay que valorar la novedad del fenómeno populista. En cierto modo, es la consecuencia natural de un diseño institucional concebido para funcionar con bajas exigencias cívicas o, para decirlo con menos elegancia, con ciudadanos infantilizados, irresponsables y egoístas, que piden subvenciones y se quejan de los impuestos, defienden el protocolo de Kioto mientras mantienen sus casas a temperaturas polares en verano, se proclaman cosmopolitas a la vez que miran con desconfianza al inmigrante convertido en vecino. Ciudadanos idiotas, en los dos sentidos de la palabra: ensimismados, concentrados en sí mismos, y en el más obvio.

De que las cosas son así, de la idiocia ciudadana, no faltan pruebas. La evidencia se ha incrementado en los últimos años. Vale la pena, aunque sea rápidamente, recordar algunos resultados recientes procedentes de distintas investigaciones. En algún caso, se trata de «fallos de racionalidad» que se extienden más allá de las decisiones políticas. Casi todos se refieren a Estados Unidos, pero no se ven corregidos por lo que sabemos de otros países⁷.

1. Ignorancia básica. En 1992, el 86% de los estadounidenses conocían el nombre del perro de su presidente, pero apenas un 15% sabía que los dos candidatos eran partidarios de la pena de muerte. Un 30% no sabía quién gobernaba en la Casa Blanca, la mitad ignoraba que cada Estado tiene dos senadores y las tres cuartas partes desconocía la duración de su mandato. Una amplia mayoría ignoraba qué partido controla en congreso. Un 40% contra quién combatía su país en la Segunda Guerra Mundial y un 73% no tenía ni idea de qué era la Guerra Fría.

2. Sesgos cognitivos (de grupo) que incapacitan para el debate democrático: sesgo de confirmación, que conduce a sólo ser sensibles a la información compatible con las ideas propias; disposición a suscribir las opiniones del grupo, incluso contra la evidencia de los sentidos; voluntad de evitar entornos distintos a los de la propia tribu; tendencia a la polarización que conduce a los individuos a recalar en la versión más fanatizada del punto de vista que comparten y que se amplifican en más direcciones: procesos de simplificación que se retroalimentan porque las opiniones se dan por buenas y no se someten a prueba asumiendo que, entre tantos, seguro que alguien se habrá encargado de fundamentarlas; acumulación de razones en favor de las ideas compartidas y nunca matizadas, contrapesadas o corregidas por otras contrarias; ambientes propicios a «calentarse la boca, a emulaciones para ver quién es más «consecuente», etc.

3. Sesgos estadísticos y de racionalidad que muestran nuestra incapacidad para ponderar la información o para articularla en inferencias correctas: ignoramos el tamaño de la muestra; errores de consistencia; focalización en detalles espurios; sobrevaloración de la información reciente o de la irrelevante (el quinto decimal). El racismo, la violencia doméstica o el abuso sexual entre religiosos son terrenos propicios a este tipo de sesgos. Y en ese mismo lote habría que incluir una larga lista de sesgos cognitivos, múltiples y recurrentes, estudiados sobre todo por los economistas: preferencia por el statu quo o endowment effect, descuento hiperbólico, efecto ancla, efecto denominación, etc. Si separo estos sesgos de los anteriores es porque funcionan sin la presencia del grupo.

4. Opiniones mal formadas, esto es, que no se forman por la vía epistémica correcta, con autonomía: preferencias adaptativas, cuando se reajustan los deseos a las posibilidades (las mujeres de la India contentas con su falta de derechos); preferencias contradaptativas, en la dirección contraria al grupo o al que nos cae mal (si el papa está contra la guerra, yo estoy a favor); disonancias cognitivas, etc. Mientras los sesgos anteriores afectaban a las creencias, a la base empírica, estos fallos de la racionalidad se refieren a las metas, los objetivos.

5. Marcos mentales que incapacitan para la evaluación. La presentación de las alternativas es mucho más importante que su contenido: nos resulta más difícil desprendernos de un billete que de una moneda por el mismo valor; nos mostramos dispuestos a pagar hasta un máximo de diez euros por cierto trabajo, aunque no aceptaríamos realizar ese mismo trabajo por doce euros; asistimos a un espectáculo público cuando hemos comprado la entrada a pesar de encontrarnos enfermos, aunque

no haríamos lo mismo si nos hubieran regalado la entrada; un producto con la etiqueta de 95% libre de materia grasa funciona mejor que otro con la de 5% de grasa; no aceptaríamos el dinero de alguien en la cola de un cine por el doble de lo que cuesta la entrada, aunque nos iríamos a casa si de pronto se duplicara el precio. Los votantes no reaccionan igual si les dicen que una determinada medida sanitaria, que afecta a –es un suponer– a seiscientos individuos, salvará cuatrocientas vidas que si les dicen que no podrá impedir la muerte de doscientas, del mismo modo que no reacciona igual el consumidor ante un producto 95% libre de grasa que ante uno que tiene 5% de grasa. Los mismos que están a favor del impuesto de sucesiones no lo están cuando se lo bautiza como «impuesto de muerte», el siniestro rótulo con que lo presentaban los conservadores. Se prefiere gastar en «ayudar a los pobres» que en «bienestar», en «tratar la adicción a las drogas» que en «rehabilitar drogadictos»; en hacer frente al «calentamiento global» que al «cambio climático». Por eso, los críticos de la ley del aborto se presentan como «provida», mientras que los abortistas se describen como partidarios de la «libertad de elección». La alternativa es la misma, pero el envoltorio decide. En otro caso, se trata de las metáforas cognitivas evaluadoras: la nación como familia; las relaciones personales como intercambios; los malos comportamientos como deudas, etc.

6. Desconocimiento de la teoría social. En nuestra intelección del mundo estamos instalados en una serie de «folk theories», de conjeturas espontáneas, unas veces sostenidas en nuestro cableado neuronal y otras en nuestro lenguaje natural, que, por más obvias –puro sentido común– que nos parezcan, resultan falsas, incompatibles con el conocimiento más elaborado que nos proporciona la ciencia. Unas veces cumplen funciones adaptativas y otras puramente sociales. Y, por lo mismo, no están orientadas a la verdad sino, en el mejor de los casos, a la utilidad. Así, decimos cosas como que «el sol sale», «los cuerpos pesan» o «un cuerpo sólido no puede atravesar otro sólido». En nuestra intelección de los procesos sociales también asumimos teorías «espontáneas». Sólo reparamos en el efecto inmediato e intuitivo de las acciones o, en otros casos, creemos que lo que vale para un individuo vale también para la sociedad. Algunas de esas (falsas) «teorías» parecen inmediatas y evidentes: que la economía es siempre un juego de suma cero en el que, si uno gana, es porque otro pierde; que los desequilibrios presupuestarios son insostenibles; que es bueno exportar y malo importar. Sin levantar tanto el vuelo teórico, sí que podemos destacar algunas de esas «intuiciones» que son el fermento de los populismos: la crítica al impuesto de sucesiones porque me «roban» mi casa, descuidando que, en la redistribución, también entraría la propiedad del potentado; el rechazo a los «extranjeros» en ambulatorios que se

sostendrán con el trabajo de los extranjeros; la reclamación de protección del negocio local ineficiente sin tener en cuenta que, en poco tiempo, con una economía en crecimiento también le alcanzarán los beneficios; lamenta la desaparición de cierta «actividad de toda la vida», sustituida por otras más innovadoras, distintas o más eficientes, sin reparar en que, a la larga, podrá disponer de bienes mejores y más baratos.

Las novedades

El material humano descrito ha nutrido nuestras instituciones. Como decía, ni la ignorancia ni el egoísmo son condiciones suficientes del mal resultado. El mercado, en muchas ocasiones, nos muestra que basta una elemental racionalidad para que agentes egoístas y desinformados (la información relevante está recogida en los precios) aseguren la eficiencia. Es sabido que con buenos sentimientos está empedrado el infierno y, también, que con el aceite del odio se engrasan muchas instituciones, que la desconfianza, bien encauzada, puede asegurar, por ejemplo, limpieza institucional. Pero ya se ha visto que, en el caso del modelo bienestarista, no hay razones para esperar los buenos resultados. En realidad, una serie de circunstancias coinciden para esperar lo peor, para que las patologías de la ignorancia se multipliquen. Las destaco independientemente, aunque operan entrecruzadas. Destacaré únicamente cuatro.

1. La globalización. Sus resultados, en general, han sido benéficos, pero sus efectos distributivos resultan equívocos. Muy en general, podría decirse que ha aumentado la riqueza y el bienestar de las sociedades, aunque, con frecuencia, ese aumento ha venido acompañado de una agudización de las desigualdades. En todo caso, desde el punto de vista del modelo descrito, lo más relevante es la dispar distribución de las consecuencias: hay perdedores inmediatos y hay beneficiarios genéricos a medio plazo. Aunque el balance global puede ser positivo, en el marco de la competencia política, esa circunstancia no importa. Cada cual percibe unas pérdidas reconocibles, mientras que los beneficios resultan más difusos. Las condiciones para la demanda populista están dadas. Los populistas, según Dani Rodrik, son los únicos que han entendido cabalmente su famoso trilema de la globalización, según el cual no hay modo de apostar a la vez por la globalización económica, la soberanía nacional y la democracia. Por lo general, descartan la globalización. De momento.

2. Las nuevas tecnologías de la información. La lógica del mercado político imponía programas de perfiles imprecisos, que no molestarán a nadie, y acumulativos: cartas a los Reyes Magos. Las preferencias de los votantes se tomaban como un dato y la oferta buscaba tropezar con ellas

lo menos posible. Pero ahora las cosas han cambiado, y no para bien. Con ciento cincuenta likes en Facebook, los algoritmos pueden predecir nuestra personalidad mejor que nuestra pareja. Y con doscientos cincuenta, mejor que nosotros mismos. Puede disponer de cinco mil puntos de datos de cada potencial votante. Con esa información, el político puede ofrecer una variante personalizada de mensajes genéricos y, lo que es más interesante, reforzar ciertos puntos de vista, haciéndonos llegar artículos que nos reafirmen en cierto punto de vista. Pero hay más: Seth Stephens-Davidowitz, en su libro *Everybody Lies*, en el que explora las preferencias reales de los individuos a través de sus búsquedas en Google, «el suero digital de la verdad», señala que hay preferencias sucias, privadas, contrarias a la convivencia democrática, que sólo asoman por ahí. Las más miserables, las menos políticas. Esa bestia racista o sexista, sin complejos, que Donald Trump está en condiciones de explotar. Las condiciones para la oferta populista también están dadas.

3. Decisiones complejas y conocimiento competente. En las decisiones personales, mal que bien, podemos anticipar mínimamente las consecuencias de nuestros actos. Si corro, me canso. Si bebo alcohol, me duele la cabeza. Si estudio, estoy en condiciones de aprobar. No siempre es así. En otras ocasiones la secuencia causal es menos inmediata o transparente. Mi acto de fumar hoy se relaciona imprecisamente con la enfermedad de mañana; el crédito que hoy solicito lo tendré que pagar en unas circunstancias inciertas que se parecen muy poco a las actuales y que no puedo anticipar; el joven no puede concebir el escenario de su jubilación. En los procesos sociales, como resultado de las interacciones, las cosas son todavía más complejas. Nadie dijo nunca «me voy para la Guerra de los Treinta Años». Buena parte de la teoría social, precisamente, busca indagar los efectos imprevistos, agregados, de las acciones de los sujetos. Imprevistos o contrarios a la intención inicial. La novedad es que, en nuestro mundo, como resultado de cambios tecnológicos, económicos y ambientales, esa dinámica se ha amplificado. Mi uso actual de un aerosol tendrá consecuencias de aquí a unos años sobre personas que están por nacer en otra parte del planeta. La hipoteca que solicita un pobre en Alabama afectará a mi plan de pensiones. Desentrañar esos procesos no es tarea sencilla. Lo que sí es fácil es acudir a «explicaciones» simples que el votante está deseando escuchar, entre ellas, por ejemplo, las teorías conspirativas. La opacidad facilita que la oferta populista facture relatos ajustados a la demanda.

4. El Estado-Nación. En ese caso no se trata de una novedad, sino de una institución que, en las nuevas circunstancias, deja de servir para abordar los problemas colectivos, y que más bien contribuye a complicarlos.

Como el oxígeno que hace posible la combustión, el incendio. Tradicionalmente, los Estados nacionales se configuraron como unidades de justicia y de decisión. Todos los afectados participaban en las decisiones. Es el criterio de comunidad relevante. En la versión más idealizada, los ciudadanos intercambiamos argumentos, redistribuimos según criterios de justicia compartidos y nos sentimos comprometidos con las decisiones que hemos adoptado. Unos a otros nos otorgamos la elemental dignidad de ofrecernos razones, de darlas y de escucharlas. Tenemos la obligación de explicar nuestras propuestas y el derecho a esperar explicaciones de los demás. Es un saludable compromiso que, de algún modo, establece vínculos de responsabilidades. Con los extranjeros, eso no sucede. Al otro lado de las fronteras, en las relaciones entre Estados operan la fuerza y el interés desnudo. Una frontera es un límite al alcance de la democracia y de la justicia. En ese sentido, nuestras instituciones, por muy perfectas que sean, no retienen información sobre las necesidades o los deseos de los extranjeros. En realidad, nuestras democracias votan contra ellos. Lo que sucede es que, cuando los problemas son de alcance global, los mecanismos casuales son opacos y sobran los medios para alentar las bajas pasiones de los ciudadanos, es difícil evitar la tentación de utilizar la máquina del Estado-Nación de la peor manera. Las democracias nacionales, en un escenario global, rompen los frágiles vínculos que las decisiones ciudadanas pudieran mantener con los principios de justicia. Deja de funcionar el criterio de comunidad relevante y los votos de unos se consiguen a costa de otros: afectados, pero sin voz.

Las respuestas⁸

Circunstancias como las indicadas, seguramente, no son ajenas al renovado populismo. En todo caso, se consoliden o no las opciones populistas, lo que es seguro, y preocupante, es que nuestras instituciones políticas tienen serias dificultades para encarar los retos colectivos importantes. Algo que no ha pasado inadvertido. De hecho, ya existen instituciones que, de alguna manera, responden a cierto reconocimiento de los problemas mencionados. Es el caso de las llamadas instituciones contramayoritarias, como los Tribunales Constitucionales y, más recientemente, en un terreno más acotado, de los Bancos Centrales. Los Tribunales Constitucionales buscarían preservar ciertos principios (los consagrados en las Constituciones) de las decisiones suicidas de los votantes, de mayorías circunstanciales con vocaciones tiránicas; los Bancos Centrales responden a la necesidad de evitar la tentación del ciclo electoral, de proteger a las sociedades de la disposición de los gobiernos, cuando se acercan las elecciones, de entregarse a políticas expansivas (bajar impuestos, gasto público

descontrolado, políticas monetarias alegres) a costa de las futuras generaciones que, obviamente, no están en condiciones de votar.

No me interesa ahora evaluar el éxito de las respuestas tradicionales, sino tan solo enmarcarlas dentro de los problemas que ha explotado el populismo. Para terminar, me limitaré a mencionar cuatro principios generales que inspiran a esas propuestas institucionales y algunas otras, más recientes, también orientadas a abordar algunas de las patologías⁹. De distintas maneras, buscan limitar la democracia para evitar las tentaciones populistas, de los populistas y de los demás: como decía, en el fondo, todos son populistas porque no pueden dejar de serlo si aspiran a gobernar¹⁰.

1. Reducir la democracia. En lo esencial, estas propuestas buscan limitar o depurar las decisiones para evitar las vocaciones suicidas de la voluntad popular. Aquí se incluyen los ejemplos mencionados. En algunos casos se opta por excluir ciertos ámbitos de decisión de la competencia política: las Constituciones rígidas, de complicada o imposible modificación; los Bancos Centrales con metas independientes de controles políticos, a los que se otorgan el control de decisiones (por ejemplo, en política monetaria). En otras ocasiones, se busca remansar, filtrar o darle dos vueltas a las decisiones mayoritarias: sucedería con los Tribunales Constitucionales, con algún grado de discrecionalidad legislativa en tanto que intérpretes de la Constitución, o con segundas cámaras en las que se concede un peso especial a la sabiduría o a la excelencia o a la territorialidad.

2. Reasignar (el peso de) los votos. Algunos autores (comenzando por John Stuart Mill y Friedrich Hayek) han propuesto ponderar el voto, de tal modo que pese más el de los sabios, de los más santos o de los objetivamente comprometidos (por interés o vocación) con las futuras generaciones (contaría más el voto de las mujeres con hijos que el de los ancianos). En el mismo sentido cabría interpretar las diversas formas de discriminación positiva, que buscan asegurar la voz de segmentos sociales desprotegidos. De diversa forma, estas propuestas buscan distorsionar la voluntad popular para que los resultados estén predeterminados, se parezcan a los que se juzgan correctos desde fuera del proceso democrático, ex ante con respecto a las votaciones.

3. Retirar el sufragio universal. Quien mejor ha defendido este punto de vista es Jason Brennan. Según éste, si la democracia es un método para seleccionar los mejores gobernantes o las mejores políticas, es razonable exigir que el voto esté informado y orientado hacia el interés común y, por ende, habría razones para dudar de la universalidad y la igualdad de voto. Más exactamente: aquellos ciudadanos que carecen de unas mínimas

credenciales (conocimiento, racionalidad, virtud intelectual) deberían abstenerse de votar y ceder (vender) su voto a quienes sí reúnen tales credenciales mediante un mercado de votos. Según Brennan, el ciudadano no tiene un deber de votar; si acaso, si vota, tiene un deber de votar con conocimiento y compromiso con el interés común. Los ciudadanos que no cumplen unas mínimas exigencias tendrían una obligación moral de abstenerse y, si acaso, orientar sus disposiciones cívicas por otro lado. De alguna manera, estas propuestas no hacen más que extender el dominio de aplicación de la habitual que impide votar a menores de edad o discapacitados mentales.

4. Reconsiderar la neutralidad (liberal) del Estado. La discusión sobre la posibilidad o conveniencia de las intromisiones (para alentar valores cívicos) por parte del Estado es larga y compleja. Salvo excepciones, hay una general coincidencia en que la neutralidad absoluta es imposible: que, en todo caso, se trata de una cuestión de grado. Una vez que se admite esa imposibilidad, se buscaría encauzar las decisiones cargando más el peso de ciertas opciones. La tesis general es que, habida cuenta de que hay que elegir, y la elección nunca se ofrece en unas imposibles condiciones ideales, neutrales, sea por la propia estructura (marco/frame) de decisión, sea por nuestras limitaciones cognitivas, habría que adoptar, por defecto, estructuras que propiciaran elecciones formadas en las mejores condiciones, con mayor autonomía, información o, si se quiere, directamente, más justificadas. O, simplemente, configurar diseños que nos asistan para decidir mejor, incluida la posibilidad de decidir no decidir.

En general, casi todas las propuestas optan por limitar la democracia, bien sea excluyendo de la competencia política ciertos asuntos o decisiones importantes, bien excluyendo los resultados «espontáneos» de la voluntad popular u otorgando capacidad (casi) legislativa a instituciones de complicada legitimidad democrática. En rigor, no se trata de respuestas al populismo, sino las patologías institucionales que el populismo explota.

Visto así, el problema importante no es el populismo, sino la incapacidad de nuestras instituciones para abordar los retos importantes de la vida colectiva. El populismo sería, si acaso, un subproducto no deseado, pero inevitable. Las propuestas, con todo, también tienen sus zonas de sombras. Que todas ellas pasen por limitar la democracia supone, por lo pronto, un motivo de preocupación intelectual acerca de la legitimidad de las instituciones, de quien decide los problemas y las soluciones. Pero también, y no hay que engañarse, un problema práctico y moral. Mal que bien, las democracias han permitido recoger los intereses de las clases

populares. No es seguro que eso suceda con propuestas como las citadas. Desde luego, si nos tenemos que fiar de lo ya conocido y experimentado, con los Tribunales Constitucionales o los Bancos Centrales, no faltan motivos para la preocupación.

Félix Ovejero es profesor de Ética y Economía en la Universidad de Barcelona. Sus últimos libros son *Proceso abierto. El socialismo después del socialismo* (Barcelona, Tusquets, 2005), *Contra Cromagnon. Nacionalismo, ciudadanía, democracia* (Barcelona, Montesinos, 2006), *Incluso un pueblo de demonios. Democracia, liberalismo, republicanismo* (Buenos Aires/Madrid, Katz, 2008), *La trama estéril. Izquierda y nacionalismo* (Mataró, Montesinos, 2011), *¿Idiotas o ciudadanos? El 15-M y la teoría de la democracia* (Barcelona, Montesinos, 2013), *El compromiso del creador. Ética de la estética* (Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2014), *La seducción de la frontera. Nacionalismo e izquierda reaccionaria* (Barcelona, Montesinos, 2016) y *La deriva reaccionaria de la izquierda* (Barcelona, Página Indómita, 2018).

1. Revisión de una conferencia impartida en el «Primer Seminario Internacional para repensar el futuro ante la era Trump», invitado por el Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset, en Ciudad de México en julio de 2017. El texto incluye argumentos parcialmente expuestos en diversos trabajos.
2. Ernesto Laclau, *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.
3. Félix Ovejero, *Proceso abierto. Socialismo después del socialismo*, Barcelona, Tusquets, 2005.
4. Karl Popper, *La miseria del historicismo*, trad. de Madrid, Alianza, 2005 (ed. original de 1957).
5. Véase, para más detalle, Félix Ovejero, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, Barcelona, Página Indómita, 2018, introducción.
6. Félix Ovejero, *Incluso un pueblo de demonios*, Madrid, Katz, 2008.
7. La literatura es abrumadora, no ceñida, siempre, a la irracionalidad política. Es obligado acordarse de la sistematización de Daniel Kahneman, *Pensar rápido, pensar despacio*, trad. de Barcelona, Debate, 2011. Más ceñidos a la política, véanse Christopher Achen y Larry Bartels, *Democracy for Realists. Why Elections do not Produce Responsive Government*, Princeton: Princeton University Press, 2016; George Lakoff,

Moral Politics. How Liberals and Conservative Think, Chicago, The University of Chicago Press, 1996; Michael X. Delli Carpini y Scott Keeter, In Search of the Informed Citizen. What Americans Know about Politics and Why it Matters, New Haven, Yale University Press, 1996; Cass Sunstein, Going to extremes. How Like Minds Unite and Divide, Oxford, Oxford University Press, 2009; Bryan Caplan, El mito del votante racional. Por qué las democracias escogen malas políticas, trad. de Miguel Vicuña, Madrid, Innisfree, 2016; Eli Pariser, El filtro burbuja. Cómo la web decide lo que leemos y lo que pensamos, trad. de Mercedes Vaquero, Barcelona, Taurus, 2017. Buena parte de lo que se expone a continuación está más desarrollado en Félix Ovejero, ¿Idiotas o ciudadanos?, Barcelona, Montesinos, 2013.

8. Recupero aquí algunas propuestas expuestas más extensamente en Félix Ovejero, «Democracia: realidades y posibilidades», España Constitucional (1978-2018), vol. II, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018, pp. 1445-1462.

9. Ingrid Daubechies, «Weighted Voting Systems»; Jason Brennan, The Ethics of Voting, Princeton, Princeton University Press, 2001; Cass Sunstein, Paternalismo libertario. ¿Por qué un empujoncito?, trad. de Martha Palacio Avendaño, Barcelona, Herder, 2017.

10. Félix Ovejero, «El populismo inevitable», Claves de razón práctica, núm.

EL POPULISMO: DE INTRUSO A PROBLEMA RELEVANTE PARA LA CIENCIA SOCIAL

Revista Internacional de Sociología. Consejo Superior de Investigaciones Científicas

INTRODUCCIÓN

El populismo es un concepto que se halla en los confines de la teoría social y política. Habita en los márgenes, es periférico y retorna siempre. Es un concepto límite para tiempos límite.

La palabra o categoría política populista concita todo tipo de descalificaciones o expresiones negativas (Mudde y Rovira Kaltwasser 2017) por parte de no pocos medios de comunicación y por los propios partidos políticos que lo utilizan como arma arrojada en la lucha ideológica. Sólo en el mundo académico cuenta con una importante consideración, a pesar de la dificultad que entraña su análisis y comprensión.

Al populismo suele acompañarle un reduccionismo semántico que tiene como finalidad volver maldito el término. Tal reduccionismo acumula un sinfín de tópicos que se sintetizan en la palabra *demagogia* como equivalente del populismo, ahorrándose el esfuerzo analítico que merece un fenómeno complejo que tiende a escaparse del marco analítico convencional de la sociología y la ciencia política.

Denigrar de entrada el populismo, adjetivarlo en negativo (Delsol 2015), no ayuda a su análisis y comprensión. Emplear la demagogia como significante equivalente y designar como populista a cualquier fuerza que represente un registro impugnatorio del orden dominante termina por “hacer circular el término” (Vallespín y Martínez-Bascuñán 2017) y debilita a la sociedad, cuando no cancela aquellas instancias de auto-reflexividad que le son propias.

El populismo es en el campo político, empleando una enunciación orteguiana, el *tema de nuestro tiempo* y, por mor de ello, ha de ser tratado con el mayor rigor analítico.

El populismo es un *intruso* para la ciencia social, en expresión de J. Alemán y G. Cano (2016), sobre todo para la denominada ideología neoliberal, con la que se relaciona, en una primera instancia, de forma antagónica como movimiento reactivo ante las consecuencias sociales de sus políticas. Un intruso con múltiples facetas que, además de ser reactivo, quiere ser en ocasiones un movimiento emancipador, caso del populismo de izquierdas, en contraste antagónico con el denominado populismo de derechas.

Sin embargo, el populismo nunca es un intruso, ya que esto equivaldría a interpretarlo como algo exterior a la democracia y que implica una amenaza potencial para sus fundamentos. Definirlo como ese *exterior inquietante* no es en absoluto contradictorio con la tesis de que el populismo es algo intrínseco o consustancial a la propia democracia (Rivero, Zarzalejos y del Palacio 2017). Su carácter de intruso y exterior se adquiere únicamente si es definido, paradójicamente en términos propiamente populistas, como un *enemigo*.

Si el populismo es un habitante siempre latente de la democracia, su análisis no puede reducirse de forma unilateral a comprender qué es, sino por qué retorna y cuál es su devenir.

La experiencia de los populismos en el mundo contemporáneo tiene sus raíces históricas a partir de los primeros procesos de modernización capitalista y la conformación de los Estados nacionales en el siglo XIX.

El reciente ascenso de los populismos, a partir de la década de los años 70 del pasado siglo, se produce a partir del giro histórico que imprime la aceleración de la mundialización económica y de la caída de los regímenes comunistas. Este giro ha producido y sigue produciendo fracturas sociales y tensiones institucionales en los sistemas democráticos que se expresan bajo la forma de protestas, movimientos sociales y, finalmente, partidos políticos reactivos contra las limitaciones de los sistemas democráticos para dar respuestas efectivas a complejas demandas sociales y políticas.

En este contexto social y político de ascenso de los populismos, esta nota de investigación se plantea dos objetivos: en primer lugar, describir y analizar sumariamente tres libros recientes de autores nacionales en los que se aborda el fenómeno populista desde enfoques en los que el populismo se concibe, respectivamente, como una amenaza a la democracia (Rivero, Zarzalejos y del Palacio 2017), como síntoma de quiebra de la Ilustración (Lasalle, 2017) o como problema y reto a la vez para el sistema liberal-parlamentario (Vallespín y Martínez-Bascuñán, 2017) (sección 2); en segundo lugar, destacamos algunas limitaciones de estos enfoques analizados y, con base en ello, se sugiere un marco metodológico básico para poder aproximarse a la fenomenología populista, a la comprensión de sus aporías (sección 3).

DEBATES RECIENTES SOBRE LOS POPULISMOS EN ESPAÑA

Hemos escogido tres textos como objeto de revisión crítica. Dos de ellos, aunque con aproximaciones diferentes (Rivero, Zarzalejos y Del Palacio 2017; Lassalle 2017), forman parte de un enfoque neoliberal del populismo. El tercer texto (Vallespín y Martínez-Bascuñán 2017) entronca con un enfoque que cabe denominar social-liberal o socialdemócrata. Sintetizamos a continuación dichas aportaciones a la vez que destacamos algunos de sus límites.

El texto que coordina Rivero, junto con Zarzalejos y del Palacio, es un texto de naturaleza académica a la vez que de divulgación científica que, con veintinueve capítulos, aspira a ser *“una geografía del populismo y portavoz de la academia internacional en lengua española”*.

En la introducción y en los tres capítulos de la primera parte, así como en el de conclusiones, los autores caracterizan el populismo por un triple rasgo: es consustancial a la democracia y emerge en momentos históricos de malestar; es, a la vez, un enemigo de la misma, a la que quiere destruir; y, de aplicarse, no es sostenible allí donde existen instituciones democráticas que hacen de contrapeso a su supuesta pobreza argumental e intensa emocionalidad.

Es de apreciar el esfuerzo que se hace al recorrer la geografía de los populismos, si bien el estilo de flashes analíticos no hace justicia a casos como el español. Así, la experiencia del 15-M y de Podemos se despachan en seis escasas páginas, además de analizarla junto al fenómeno del *gilismo* (capítulo 18). Lo mismo sucede con el capítulo 19 sobre nacionalismo y populismo. En la parte II no se hace mención alguna del populismo de Costa, como populismo originario sin base social.

El texto define el populismo, a modo de metáfora sanitaria, como una patología, como un fenómeno que *“hablando la lengua de la democracia intenta acaba con ella”*. Como patología *“endémica”* se reconoce su permanencia, abierta o latente, en el seno de los sistemas democráticos. En este punto vienen a coincidir, desde enfoque extremos, con los planteamientos de Laclau y Mouffe (1987), para quienes el populismo tiene mayor probabilidad de aparecer en contextos donde la lógica institucional democrática no es capaz de satisfacer una amplia heterogeneidad de demandas sociales. Por tanto, es una posibilidad siempre abierta y presente. La diferencia estriba en que, para los primeros, el

populismo es una anomalía institucional y, para los segundos, una realidad política intrínseca a la democracia.

El populismo, para Rivero, Zarzalejos y del Palacio, es una ideología con entidad propia. Ni es un conglomerado ideológico ni es sólo una “*lógica de acción política*”, tal como sostienen Vallespín y Martínez-Bascuñán. Para los autores, la ideología no puede estar nunca ausente de un fenómeno como el del populismo, por muy confusa y pobre que se considere su argumentación.

Con base en esta caracterización general, los autores definen el populismo o los populismos por rasgos como los siguientes: la visión de un pueblo virtuoso, orgánico, con voluntad única; su consideración como movimientos en contra del sistema representativo liberal; el supuesto de que todo populismo, en su construcción de la política en el eje arriba/abajo, condena a las sociedades a un enfrentamiento fratricida que termina finalmente apelando a la aniquilación de “*los enemigos del pueblo*”; la inevitabilidad de un líder carismático autoritario trascendiendo la historia, o la necesidad de un enemigo permanente (*política de enemistad* al decir de Marzolf y Ganuza, [2016]).

Esta caracterización del populismo deja sin responder preguntas cruciales como son: si existen o pueden existir populismos que acepten la integración en el sistema democrático pluralista; si los movimientos sociales y partidos populistas, más que expresiones contra la democracia parlamentaria, representan una crítica de su funcionamiento (el *no nos representan*) y, por tanto, apelan a su perfeccionamiento y no a su destrucción, o si el eje antagónico de arriba/abajo, más que dividir artificialmente a la sociedad, es un modo de articular una amplia hegemonía interclasista que limite el sobre-poder económico que los mercados financieros han ampliado e intensificado sobre los Estados democráticos. Preguntas todas ellas que no se plantean en el libro en cuestión.

Con base en este esquema doctrinal, los autores recomiendan tratar los populismos como una epidemia política a combatir en el plano ideológico. En este sentido, enfatizan que el populismo, como el liberalismo u otras opciones políticas, se basa en ideas y valores que deben ser combatidos. No es sólo un estilo de acción política, es una concepción de la política.

El texto de Lassalle es más un ensayo de debate político que una investigación *stricto sensu*. A pesar de su declarada militancia antipopulista, no deja de ser un texto con fundamento teórico e ideológico. Se posiciona contra el populismo como un fenómeno que representa un totalitarismo de tipo posmoderno, que opera como un exterior amenazante de la democracia. Coincide con Rivero, Zarzalejos y del Palacio en que el populismo es la causa por excelencia de la crisis de la democracia. Es un fenómeno recurrente que apela a la demagogia como forma de corrupción del pueblo. La equivalencia indiscutible entre populismo y demagogia se da por descontada, no necesita justificación.

El populismo vendría a ser, según Lassalle, un proto-totalitarismo tardo-moderno. Es más que un momento iliberal: es un fenómeno antiilustrado, radicalmente contrario a los fundamentos materiales y espirituales de la modernidad ilustrada. El populismo ha venido a enterrar la Ilustración y su pilar: la razón ilustrada, a la que opone la pasión populista. Una diferenciación que no parece tener en cuenta las consideraciones de otros teóricos del populismo que sostienen que “*la razón es un bien escaso*” en política (Villacañas 2015).

La calificación de la razón populista como razón pasional también permea paradójicamente su texto, al provocar el miedo con el supuesto de que “*repta silenciosa y oculta a los ojos de la opinión pública la serpiente de un populismo que puede convertirse en la columna vertebral de un nuevo leviatán totalitario*”. Para Lassalle, la causa del populismo no reside en la corrupción institucional o en la gestión neoliberal de la gran depresión de 2008, estos son sólo sus catalizadores.

En sus propias palabras: *“para entender el proceso populista hay que hurgar en la estructura emocional de las sociedades occidentales y en el colapso de la ilustración”*. El 11-S y la gran depresión aceleran este proceso mediante el retorno del miedo y la inseguridad que provoca *“la resaca emocional de saberse desposeído de las conquistas del bienestar y de derechos”*. En este punto converge con aquellos análisis que interpretan que las consecuencias de la crisis financiera han abonado el campo para el momento populista, caso de Vallespín y Martínez-Bascuñán (2017). Para Lassalle, el populismo es el retorno a una *“modernidad regresiva”* a la que es necesario combatir.

En el análisis de Lassalle están ausentes la dimensión del poder económico, los efectos de la nueva fase de la mundialización, los propios límites de los sistemas democráticos liberales para conciliar legitimidad y satisfacción de demandas ciudadanas y, no menos importante, la crisis de representatividad política, lo que contrasta con su visión elitista de la democracia cuando afirma que debemos *“prevenirnos frente a los riesgos que aloja la arquitectura igualitaria y masiva de la democracia”*. El autor no discrimina entre populismos ya que todos ellos, de derechas o de izquierdas, pluralistas o no, se reducen a la misma esencia: constituyen un peligro totalitario.

“Populismos”, de Vallespín y Martínez-Bascuñán (2017), es un trabajo realizado desde la perspectiva de la ciencia política que sigue el proceso canónico de la investigación social.

Esta investigación tiene una relativa relación de vecindad con los anteriores trabajos en cuanto a que el populismo constituye una amenaza política para los sistemas liberal-parlamentarios. El populismo es, también aquí, un fenómeno preocupante: el *afuera constitutivo* de la democracia liberal. Los autores, parafraseando a Marx, lo describen como el *“espectro que recorre la democracia”*.

La relación de complementariedad entre democracia y populismo no parece posible para estos autores. En la senda de Müller (2016), consideran que existe una relación antagónica entre ambos. Aquellos enfoques teóricos que inician su reflexión desde premisas basadas en el pluralismo de valores y la división de poderes (quintaesencia del liberalismo) no están reñidos con la posibilidad de realizar un análisis sobre el populismo. Sin embargo, a la hora de responder sobre la relación entre ambos fenómenos, dichas premisas ético-liberales conducen a que ineluctablemente la balanza valorativa se incline por contemplar (siempre) el populismo como un problema.

Esta obra no es una excepción. Lanza una advertencia sobre los peligros del populismo. Pero, además, plantea como solución a la crisis de la democracia, una salida en clave cosmopolita que aboga por generar una mejor gobernanza supra-nacional con capacidad para regular los procesos de integración e interdependencia institucional y económica. Quiere alejarse de miradas nostálgicas e insulares y, en su crítica a esa pulsión matricial, al placer consolador de lo pretérito que muestran diferentes populismos, opone una solución que acepte el presente (principio de realidad) en toda su complejidad para poder seguir transitando hacia un futuro democrático abierto y plural.

Sin embargo, el hecho de compartir con los autores anteriores un profundo recelo sobre la naturaleza y fines del populismo no les convierte en lo mismo. Hay, invirtiendo una máxima de Heidegger, *“distancia en la proximidad”*. La más notable es, sin duda, su análisis de las causas del populismo: el porqué, aunque también existen diferencias en el qué.

Los autores sostienen que el populismo debe ser concebido como un síntoma o *síndrome*. No es una patología de la democracia sino un fenómeno que nos revela dramáticamente una realidad social en tensión. En este punto, se aproximan a la interpretación del fenómeno populista como reacción social frente a los profundos cambios que tienen lugar en el actual proceso de modernización capitalista a nivel mundial y nacional.

Hoy, como señalan Vallespín y Martínez-Bascuñán, el principal problema es la descompensación que tiene lugar en la relación entre los requerimientos de eficiencia del capital y las demandas de justicia social. El mercado, la oligarquía de las finanzas, ha roto el pacto social que vertebraba el consenso europeo desde la posguerra (en línea con lo afirmado por Streeck [2017]). A diferencia de Rivero, Zarzalejos y del Palacio, y de Lassalle, los autores consideran que nos encontramos ante un poder económico sin constricciones, que coloniza el poder político, que desatiende las demandas sociales de igualdad. Acompañando a este proceso, no como relación causa-efecto, sino correlacionado con el mismo, aparecen otros factores no menos importantes como son: la crisis de representación política y la preeminencia de gobiernos técnicos o tecnócratas; las dificultades de crear espacios de consenso en un mundo de comunicación fragmentada, y, no menos importante, la crisis cultural como pérdida de referentes que favorecen los nacionalismos y la anomia individualista.

Siguiendo la senda del libro *El gran retroceso* (Nachtwey 2017), los autores consideran que estamos en un fin de época ante la que el populismo emerge como reacción nostálgica. Es la entrada en la *sociedad del descenso* la que trae consigo una parálisis de la movilidad social ascendente y el acceso a una nueva fase histórica de insatisfacción de las demandas sociales por el sistema democrático. Demandas que se ven bloqueadas por la *descompensación* que se ha producido entre mercado y democracia y por la incapacidad creciente de mediación del Estado.

Los autores marcan con claridad la diferencia entre su enfoque y los de naturaleza neoliberal y populista. Para ellos, los partidos del *establishment* o sistémicos han adoptado una posición tecnocrática, afín a la hipótesis de la post-política (Zizek 2010), en la cual la dominación neoliberal es interiorizada como principio de realidad y los imperativos del mercado se viven como destino ineludible. Por otro lado, el populismo reacciona prometeicamente, ignorando u obviando los constreñimientos macroestructurales de economías y sistemas cada vez más interdependientes.

La definición de qué sea populismo conduce a denominarlo como un ejemplo de *síndrome de cenicienta* (Berlín 1969), como metáfora de la tensión no resuelta entre definiciones que basculan entre el extremo genérico y el esencialismo. Por ello, los autores señalan que es posible esbozar tres vías de acceso al concepto de populismo: definirlo a partir de un tipo ideal, al modo weberiano; asumir una amplia heterogeneidad sin un criterio conceptual que lo discrimine, o, con base en una definición minimalista fundada en unos pocos axiomas, en línea con los autores del denominado "*enfoque ideacional*" (Hawkins y Rovira Kaltwasser 2017).

Los autores optan por el primer enfoque, siguiendo el trabajo clásico de Ionescu y Gellner (1969) o el más reciente de Moffit (2016), contemplando diferentes niveles de análisis como son ideología, estrategia, retórica y lógica de acción política. Este último nivel o rasgo es el que mejor define la naturaleza del populismo, un fenómeno sin ideología representativa o no identificable, o débil. El populismo responde, sobre todo, a una lógica política de calculada ambigüedad instrumental. No es un proyecto ideológico sino una técnica de acceso al poder. Su ideología es débil o dispersa.

A partir de estos supuestos, el populismo es una reacción que, bajo la forma retórica del desasosiego, apela a soldar una comunidad sacrificando el pluralismo político. No queda claro en el texto por qué el populismo se puede reducir a una lógica de acceso al poder basada en la simplificación retórica de mensajes, ni por qué no puede también ser una posible condensación de diferentes enfoques teóricos, por muy confusos y fragmentados que se presenten.

Finalmente, el populismo entrañaría para los autores una guerra de representaciones, más que de ideologías, que tiende a minar el pluralismo político debido a su simplificación argumental y a su estrategia de polarización política.

LA COMPLEJIDAD ANALÍTICA DEL FENÓMENO POPULISTA

Los populismos constituyen un fenómeno global, pero experimentado en los espacios nacionales, lo cual modula de manera particular la constitución de sus bases sociales, sus estrategias políticas y sus retóricas ideológicas (Moffit 2016) y, por tanto, sus salidas políticas concretas y sus consecuencias institucionales, tanto para el liberalismo democrático en particular, como para la democracia en general.

Podemos definir tentativamente el populismo o populismos como: fenómenos socio-políticos reactivos a situaciones sociales y políticas de alta incertidumbre, de relativa amplia base social, fundados en torno a referentes simbólicos; cuyas demandas, tan amplias como difusas, son canalizadas a través de partidos u organizaciones, con mayor o menor densidad carismática, a través de los cuales se construyen discursos, identidades y retóricas dirigidas a la defensa de un *statu quo* social o nacional que se considera perdido, así como al rechazo antagonista de aquellas elites o grupos, nacionales y/o extranjeros, a los que se considera enemigos de un pueblo o comunidad nacional.

Definida la naturaleza del populismo como patología política (Rivero, Zarzalejo y del Palacio), como totalitarismo anti-ilustrado de baja intensidad (Lassalle) o como lógica de acción política iliberal (Vallespín y Martínez Bascuñán), el resultado es que, con importantes variantes, todos ellos muestran limitaciones metodológicas para una adecuada comprensión del populismo. Todos estos trabajos tienen su déficit en el análisis de la dimensión socio-histórica del populismo y en un excesivo énfasis en el análisis de impacto en el sistema democrático. Sólo el texto de Vallespín y Martínez-Bascuñán se aproxima con una visión amplia a la comprensión de la naturaleza del fenómeno y a sus complejas raíces socioculturales y económicas.

Los tres textos aquí resumidos son una muestra, ciertamente limitada, de que las aporías del populismo y sus ambivalencias políticas nos indican, de entrada, la enorme dificultad para alcanzar consensos metodológicos que favorezcan un análisis fructífero.

La génesis socio-histórica de los populismos o, si se prefiere, sus fundamentos sociales, son quizás la mayor debilidad de los trabajos analizados. El análisis social requiere la consideración de tres procesos de cambio que están en la base de los populismos. Si bien no son procesos que actúen automáticamente, sí operan como condición de posibilidad de los mismos: los procesos de “*dualización*” y desigualdad social provocados por el cambio socio-técnico; el retroceso, cuando no regresión, del estado de bienestar como institución de mediación entre mercado y democracia, necesaria para la creación de cohesión social y espacial y, por tanto, la falta de capacidad para moderar dichos procesos de “*dualización*”, y, finalmente, la percepción ciudadana de que los sistemas democráticos no pueden satisfacer buena parte de su propia oferta, la canalizada a través del sistema de partidos en competencia.

La preferencia por el análisis del posible impacto corrosivo del populismo en los sistemas de democracia liberal representativa sitúa, de antemano, el análisis en una dimensión moral que puede hacer perder de vista una pregunta decisiva, aquella que interroga por las causas estructurales de fondo que están en el origen del conflicto que constituye la fuente de la situación populista.

Entendemos que esto reduce el curso de un análisis que demanda diferenciar varios planos o niveles analíticos. Por una parte, todo análisis de los populismos tiene que tomar en consideración los fundamentos sociales, políticos y económicos, tal y como plantea Judis (2016). Se trata de pensar las condiciones estructurales de posibilidad de emergencia del sujeto populista, es decir, aquellas condiciones que, sin determinar, favorecen la posibilidad del populismo. Como sugiere E. Laclau (2016), estos efectos “*dislocatorios*” en el nivel de la estructura tienen siempre como efecto la quiebra del imaginario simbólico donde descansa el orden social o, lo que es lo mismo, una crisis de legitimidad aguda, condición necesaria, aunque no suficiente, para el retorno del populismo.

Una segunda dimensión analítica consiste en pensar los propios actores populistas. Esto es, el tipo de revueltas, movimientos sociales o partidos que son expresiones populistas, de tal forma que se pueda brindar una explicación no sólo sobre sus distintas tipologías o fisonomías, sino por qué, cómo y cuándo se forman, así como los factores que explican por qué pueden diluirse. Entendiendo que la excepcionalidad, o tiempo límite, es el contexto en que aparecen, la clausura o cierre de esa herida social puede socavar el núcleo traumático de emergencia. Es decir, si parte de las demandas sociales son satisfechas institucionalmente, el populismo pierde el malestar social, difuso y heterogéneo, que le abrió la ventana de oportunidad.

Por último, es necesario analizar su despliegue real en la arena política, es decir, analizar sus acciones en su más amplio sentido. Nos referimos de forma concreta al análisis del discurso, el estilo político y el tipo de liderazgo.

Cabe destacar, por su importancia, algunas limitaciones vinculadas al tercer nivel analítico. Nos referimos a la cuestión de la ideología, punto ciego del populismo. Es posible preguntarse si el populismo, en sus distintas manifestaciones históricas y espaciales, posee una ideología identificable. La respuesta depende en gran medida de la definición que utilicemos. En todo caso, sin poder reducir el fenómeno a una sola ideología concreta, como sostienen acertadamente Laclau (2016), Vallespín y Martínez-Bascuñán (2017) o Moffit (2016), o a unos pocos axiomas, como plantean Rivero, Zarzalejos y del Palacio (2017), no podemos decir que el populismo sea un fenómeno sin ideología, es decir, sin principios, valores y objetivos, por más que acontezcan de forma difusa, ambigua y heterogénea.

Es necesario analizar la expresión ideológica concreta del populismo, aunque sea confusa y contradictoria, como se corresponde con reacciones sociales de protesta naturaleza interclasista. Más que de ideología débil o simplificada, cabe calificarla de conglomerado ideológico; un entreverado que se corresponde tanto con la construcción de una cosmovisión anti-oligárquica de amplia base social como de una semántica comunitarista. Lo que Ortí (1988) denomina discurso populista básico.

Los tres trabajos analizados ponen el énfasis en la retórica del populismo, en su discurso, al que de manera conjunta caracterizan de simplificador. La retórica populista sería simple ambigüedad calculada. Un mecanismo instrumental de seducción demagógica y maniquea de las masas. Sin embargo, esta aproximación plantea algunos problemas. En primer lugar, el discurso simplificador no es un rasgo exclusivo de los populismos, sino que es una realidad que atraviesa a la totalidad del conjunto de fuerzas políticas, máxime en un contexto político donde las estructuras de oportunidad comunicativas favorecen estilos simplificados y emocionales.

Por otro lado, la retórica no puede reducirse únicamente a un juego semántico de apariencias, sino que, como plantea Laclau (2016), el discurso es ontológicamente constitutivo de lo social. Es decir, desde este enfoque constructivista se afirmarían que el populismo es un nominalismo o, lo que es lo mismo, que el pueblo es una construcción nominativa.

Por último, como modo de evitar la reducción de los populismos a retórica política, los discursos populistas serían el instrumento de comunicación que enlaza, mejor o peor, la base social con los referentes simbólicos y la ideología. Pero, con carácter previo, es exigible el análisis de su base social y su ideología difusa constitutiva.

La construcción social y política de los populismos no anuncia una alternativa única. Un problema a discernir es si las reacciones populistas, en el caso europeo, lo son contra las políticas neoliberales predominantes en las últimas décadas o contra el propio sistema democrático. Los textos analizados se sitúan, más bien, en esta última posición y no parecen contemplar que los populismos reactivos pueden acabar en formas de reintegración política democrática, bajo formas de recentralización del poder existente, o, simplemente, diluyéndose.

CONCLUSIONES

Esta nota de investigación analiza tres trabajos de análisis y debate sobre los populismos que fundan su esencia en ser, respectivamente, una epidemia política (Rivero, Zorzalejos y del Palacio), una amenaza para el porvenir de la ilustración (Lassalle) o una lógica de acción política que puede hacer peligrar el sistema democrático (Vallespín y Martínez-Bascuñán). En síntesis, el populismo se define como una amenaza a los regímenes demo-liberales.

En el primer caso, el populismo es algo intrínseco a la democracia, un fenómeno que habita en latencia y que retorna bajo determinadas condiciones. Para Lassalle, un celo liberal-elitista le invita a pensarlo como una amenaza interna propia de la lógica igualitaria de la democracia de masas. En cambio, para Vallespín y Martínez-Bascuñán, responde más bien a una mutación económica, social, política y cultural de las democracias avanzadas que provoca una lógica de acción política que puede hacer peligrar el curso del desarrollo democrático.

De este análisis, necesariamente sintético, planteamos la necesidad de abordar el análisis de los populismos no como intrusos de la democracia sino como un problema social relevante, que es tanto síntoma de crisis sociales profundas como un reto de profundización de la democracia.

Si este planteamiento es correcto será necesario abordar de manera integrada todos los niveles y factores que exige un análisis tan complejo. Es decir, el de la naturaleza de los actuales procesos de modernización económica y socio-técnica en el marco de la globalización neoliberal, la crisis del Estado de Bienestar y el bloqueo de la satisfacción de derechos sociales y expectativas de participación política; así como, no menos importante, la crisis cultural e ideológica provocada por el choque de valores e ideas entre un campo en retroceso que defiende modos de cohesión social y otro dominante de individualismo posesivo.

El análisis de los populismos exige ir más allá de su reducción a la demagogia y a vacíos constructos retóricos para, con mayor rigor y, sin duda, incertidumbre, articular los diferentes y necesarios planos de análisis antes mencionados. Es decir, la consideración de aquellos cambios socio-económicos profundos que engendran una crisis de legitimidad en una sociedad, que se expresan en momentos populistas de desafección política, temor y extensa incertidumbre. También es conveniente considerar las condiciones políticas y culturales que canalizan la desafección por los más variados cauces que, en general, suelen ser reactivos, identitarios o de repliegue (los más) y defensivos, integradores y cosmopolitas (la excepción).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alemán, J. y G. Cano. 2016. *Del desencanto al populismo: Encrucijada de una época*. Barcelona: NED.
- Berlin, I. 1969. *To Define Populism*. The Isaiah Berlin Virtual Library.
- Delsol, C. 2015. *Populismo: una defensa de lo indeseable*. Madrid: Ariel.
- Hawkins, K. y C. Rovira Kaltwasser. 2017. "The ideational approach to populism". *Latin American Research Review* 52(4):513-528.
- Ionescu, G. y E. Gellner. 1969. *Populism: its meaning and national characteristics*. London: Weidenfeld & Nicolson.
- Judis, J. B. 2016. *The populist explosion: How the great recession transformed American and European Politics*. Nueva York: Columbia Global Reports.
- Laclau, E. 2016. *La razón populista*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y C. Mouffe. 1987. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la*

democracia. Madrid: Siglo XXI.

- Lassalle, J.M. 2017. *Contra el populismo.* Madrid: Debate.
- Marzolf, H. y E. Ganuza. 2016. "¿Enemigos o colegas? El 15M y la hipótesis Podemos". *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 33:89-110.
- Moffit, B. 2016. *The global rise of populism: Performance, political style and representation.* Stanford CA: Stanford University Press.
- Mudde, C. y C. Rovira Kaltwasser. 2017. *Populism: A very short introduction.* New York, NY: Oxford University Press.
- Müller, J-W. 2016. *Qué es populismo?* Ciudad de Méjico: Grano de sal.
- Nachtwey, O. 2017. *La sociedad del descenso: Precariedad y desigualdad en la era posdemocrática.* Barcelona: Paidós.
- Ortí, A. 1988. "Para analizar el populismo: movimiento, ideología y discurso populistas". *Historia Social* 2:75-98.
- Rivero, A., J. Zarzalejos y J. del Palacio. 2017. *Geografía del populismo.* Madrid: FAES.
- Sánchez-Cuenca, I. 2018. *La superioridad moral de la izquierda.* Madrid: Colección Contextos.
- Streeck, W. 2017. *¿Cómo terminará el capitalismo?* Madrid: Traficantes de Sueños.
- Trías, E. 2006. *La política y su sombra.* Barcelona: Anagrama.
- Vallespin, F. y M. Martínez-Bascuñan. 2017. *Populismos.* Madrid: Alianza.
- Villacañas, J.L. 2015. *Populismo.* Madrid: La Huerta Grande.
- Zizek, S. 2010. *En defensa de la intolerancia.* Madrid: Público.

SOBRE EL AUTOR

ARTURO RODRÍGUEZ SÁEZ. Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la UCM (2012) y máster en Democracia y Gobierno por la UAM (2014), actualmente es doctorando en el Programa de Doctorado de Sociología y Antropología de la Universidad Complutense de Madrid y realiza su tesis doctoral sobre el populismo de izquierdas en España. Ha colaborado en diferentes proyectos de investigación. Sus áreas de investigación e interés se centran en los movimientos sociales, el uso político de los nuevos medios de comunicación, las políticas sociales, el populismo y la teoría política.